

La mayor de las tres mujeres, una anciana de rostro indescifrable y pelo blanco, miraba al frente pero sin ver más que los fantasmas del pasado, y a veces, parecía seguirles con los ojos de rincón en rincón. “Son las almas de nuestra guerra sin sepultar en terreno santo que vienen a recriminarnos nuestra culpa”, era su teoría.

La menor, su nieta, dejaba de ser una treintañera para convertirse en una cuarentona, se mordía las uñas y apretaba las pequeñas infecciones para esconder el miedo tras el dolor y las burbujas de pus. Ella creía en la teoría de la abuela tanto como en las de su madre, dependiendo de quién la sostuviese en cada momento, tan escaso era su criterio. Para ella, ambas eran igual de convincentes y aterradoras.

La mediana, hija de una y madre de la otra, guardaba en un hipo compulsivo sus nervios desbocados y un llanto fácil pero pesado, típico de los derrotados.

Las tres, en silencio, masticaban su ritual a la espera de que el carillón marcara las diez de la noche. El péndulo, como un hacha que cercenaba el tiempo atado de segundos y minutos, martilleaba sus sienas. ¡Tic! ¡Tac!, para cualquiera; ¡Bum! ¡Bum!, para ellas.

Sentadas en el salón, la abuela en el sillón gastado, que fue de su madre; la madre y la nieta, en el sofá de tres plazas, con las manos buscándose, tragaban saliva. Ninguna decía nada.

Dos minutos antes de las diez, la madre se levantó y se acercó a la ventana. Las cortinas estaban echadas y las ventanas cerradas. Repasó con el índice el estampado de flores. Después, se abrazó a sí misma y se quedó mirando hacia donde debieron quedarse las huellas de sus dedos.

El viejo reloj, entonces, preludió con su sintonía de campanas los diez golpes preceptivos. Inmediatamente, las mujeres se miraron a los ojos, abiertos, muy abiertos.

Se podían oír sus corazones. La última campanada quedó colgando, repartiendo su eco por la habitación, hasta que salió por el pasillo, hasta la cocina y marchó por la salida de gases. Pero el silencio no regresó porque sonó el teléfono.

La abuela comenzó a persignarse y a repasar las cuentas del rosario que tenía preparado junto al cojín del sillón; su hija rompió a llorar y la nieta hundió la cabeza entre las manos. “¡No puedo más! ¡No puedo más!” repetía como repetían cada una de ellas después de siete años.

El teléfono sonaba y sonaba, incansable, con el tono del que apremia y asegura ser insensible al desaliento. “¡Cógelo, por Dios!” gritaba la madre. Su hija se levantó gritando “¡Cógelo tú! ¡Yo no resisto más!”. La abuela seguía rezando. La madre dio tres pasos decididos pero todo su aplomo desapareció cuando estiró la mano hacia el aparato. Le temblaba. Por fin, lo descolgó. Sujetaba el auricular como si estuviera manchado de materia corrupta, de gusanos blancos que se retorcieron asquerosos. Sollozando, se lo acercó al oído. Intentó balbucear un “¿Sí?” pero inmediatamente se tapó la boca con la otra mano sin disimular el llanto liberado.

Colgó despacio y, sin dejar de llorar, se dejó caer en el sofá. El rumor de los rezos continuaba y la nieta volvió a gritar. “¡Deja de rezar! ¡Deja de rezar!” pero ella lloraba y rezaba también y se acercó a su abuela y le acarició la cabeza y la besó varias veces.

Las tres mujeres siguieron así, en murmullos, suspiros y silencios hasta que el cansancio las venció de madrugada. Las tres vestían profundas ojeras y regalaban muy mal humor. Habían olvidado hacía tiempo lo que era sonreír y caminaban por la calle con prisa y la mirada en el suelo, por lo que sus rostros tenían el color de la ceniza que mueve el viento a su capricho. Ya no hablaban de sus cosas porque no las tenían. El

pasado se borraba en el instante, no había ningún futuro y cada acto del día estaba marcado por las horas que restaban para que dieran las diez de la noche.

Porque desde hacía siete años, sin saber por qué, a las diez en punto, sonaba el teléfono. Daba igual quien descolgara, la respuesta era siempre la misma: nada. Y en siete años no había dejado de sonar ni un solo día.

Agotados todos los recursos, las mujeres llamaron a Tía Berta, la hermana de la abuela. No se hablaban con ella desde hacía muchos años, aunque sabían de ella y de la vida que llevaba, desaprobada totalmente porque no concebían un trajín tan impropio de su edad, con tintes coloristas de pelo y amuletos colgados del cuello. Pero Tía Berta tenía una amiga muy especial, que se definía como vidente y a quien la Tía llamaba su bruja particular.

Tía Berta se tomó muy bien el apurado contacto y, concienciada por la gravedad de la situación, enseguida se hizo cargo. Después de reñirlas amablemente por no haberla avisado antes, tomaron té en el salón. La amiga-vidente-bruja recorría la habitación con los ojos cerrados, boca de pez y las palmas de las manos al frente, quizás no tanto para captar energías como para no golpearse con los muebles. Las mujeres de la casa la miraban dar titubeantes pasos entre sorbos de té. “Si hay alguna manifestación espiritual, ella la neutralizará. ¡Confíad en mí!”, decía Tía Berta con una voz que inspiraba más confianza que la que se ganaba la vidente con sus actos.

Mientras daban las diez de la noche, las cinco mujeres barajaron las alternativas posibles para sustraerse de aquella situación. Cambiar de número de teléfono, lo habían hecho una veintena de veces y abrazaron la paranoia tratando de evitar que nadie conociera el nuevo número. Incluso cambiaron el número en días consecutivos. No dio resultado, el teléfono volvía a sonar a las diez con el silencio por respuesta.

Quizás fuese un mal funcionamiento de la compañía de teléfonos, pero los de averías jamás encontraron el menor fallo en la línea. El propio aparato fue sustituido incontables veces. Modelos de todo tipo, colores y prestaciones fueron instalados sobre la mesita con lámpara del rincón. Daba lo mismo.

Probaron incluso a salir de casa a las diez, pero fue lo peor que pudieron hacer. Si cenaban en un restaurante, a las diez en punto, un camarero les avisaba que tenían una llamada y ellas contestaban sabiendo la respuesta. Los camareros no sabían cómo explicarlo, simplemente cogían el teléfono y sabían que era para ellas. Y si permanecían en la calle toda la noche, daba igual a la hora a la que regresaran, el teléfono seguía sonando.

Una broma no podía ser. Nadie persiste durante siete años de ese modo sin variar ni un ápice. “¿Y quién aguantaría tanto?”, sostenía la nieta, “¿Ni un loco lo haría!”. “¿Y un psicópata?”, sugirió la vidente. “¡Nada! La Policía le habría descubierto, que nos conocemos a toda la Comisaría”, informaba abatida la madre. “Además”, completaba la abuela, “se lo hemos puesto tan difícil que ningún ser humano vivo podría haber sido tan tozudo. Son cosas de nuestra guerra”. “¡Ay, Madre! ¡No empiece otra vez con eso!”. “¡Tú piensa lo que quieras, pero tu padre fusiló curas y monjas contra los muros de las iglesias y los conventos saqueados e incendiados y luego arrojó los cuerpos por los montes para que no los sepultaran en tierra sagrada!. Son sus almas errantes las que nos persiguen, ahora que mi marido ha muerto y no ha podido pagar sus culpas!”. “¡Madre, no miente las ánimas, que detrás de todo esto debe de haber una explicación lógica!, le recriminaba su hija. “¡Y nadie pudo probar lo de Padre!”.

Con estas y otras discusiones similares se acercaron a las diez de la noche. Se repartieron las mujeres por los asientos de la habitación y cada una mató la espera con los rituales propios, concentradas en el tic-tac del reloj.

Sonaron los cuartos previos y comenzaron las campanadas. La vidente se levantó y se acercó al teléfono, cerró los ojos y puso las manos sobre el aparato. Cuando el eco de la décima campanada se diluía en la distancia, sonó el teléfono, exactamente igual como lo había hecho durante los siete últimos años.

La vidente no pudo evitar dar un pequeño respingo, a pesar de su concentración y de que, evidentemente, esperaba que sonara. Respiró hondo varias veces. Las demás mujeres no respiraban, la miraban fijamente. Cuando se creyó con la mente lo suficientemente abierta para captar cualquier energía que quisiera contactar con ella, descolgó el auricular. No dijo nada, se mantuvo a la espera. “Es mejor estrategia que el ente se manifieste por propia iniciativa”, les había informado previamente.

De pronto, sus ojos giraron volviéndose blancos. La abuela, que lo vio, agarró el rosario y comenzó a repasar las cuentas. Tía Berta hizo ademán de levantarse y su movimiento se congeló cuando los ojos de su amiga-vidente-bruja recuperaron su posición normal, pero la expresión que en ellos se leía ya no lo era. Se abrieron lentamente hasta que pareció imposible que los globos oculares no se salieran de sus cuencas y, con el auricular junto al oído, comenzó a lanzar unos gritos que helaron la sangre de las demás mujeres.

Tía Berta concluyó su movimiento y zarandó a la desquiciada. La pobre mujer reconoció a su amiga, pero no podía dejar de gritar. El teléfono se cayó, por fin, de su mano y, sintiéndose libre, corrió la mujer arrasando la mesita, a su amiga, a la abuela y a varios muebles más, hasta que llegó a la puerta de la calle, la abrió y huyó de la casa. Las mujeres pudieron oír como sus gritos enloquecidos bajaban por las escaleras.

La abuela recuperó su rosario y los rezos; su hija contemplaba la estela que la vidente había dejado en su huída; la nieta mecía hipnotizada su mirada en el balanceo del auricular. Tía Marta recompuso sus ropas, miró a la familia con seriedad, cogió su

bolso, el de su amiga y se dirigió hacia la salida. Bajo el dintel se volvió. “¡Que Dios os ampare!”, fueron sus palabras de despedida. Las tres mujeres la vieron marcharse en silencio.

“¡Santa María, Madre de Dios... “, reanudó la abuela mientras su hija levantaba sillas. Lloraba lentamente, con un llanto quedo, impotente, deprimido. “¡El teléfono!”, avisaba la nieta. “¡El teléfono!”, repitió. La abuela interrumpió sus rezos para mandarla callar, pero ella persistía, “¡El teléfono!”, hasta que la madre, tras sorberse las lágrimas, se acercó al aparato. Lo cogió. “¡Está roto!”, señaló. Mostró el cable arrancado a las otras. “¡El teléfono está roto!”.

“¡Claro!”, gritó la nieta. “¿Cómo hemos podido ser tan estúpidas? ¿Cómo no lo hemos pensado antes?”. No rezaba ya la abuela, la miraba intrigada porque quedaba por hacer, al parecer, algo que aún no habían intentado. “¡Arrojémoslo a la basura! ¡No tengamos teléfono!”. Las otras dos mujeres se miraron y reconocieron su propia estupidez. “¡Pero qué estúpidas hemos sido!”, sentenció la madre. “¡A la basura! ¡A la basura!”, gritaba la abuela aplaudiendo.

Estaban entusiasmadas. Una bolsa negra sólo para el aparato roto y al cubo. A las doce de la noche pasaría el camión y se acabaría la pesadilla. Y a las doce, puntual, pasó el camión de la basura. Las mujeres contemplaron desde la terraza, agarradas de las manos, llorando, como se marchaban los basureros con sus luces de colores y el infierno en sus entrañas triturado.

El día siguiente fue muy distinto para ellas. Sonreían, corrían cortinas y abrían ventanas; se acariciaban las mejillas con las manos y con los ojos. Habían dormido bien y comieron con apetito, incluso la abuela, con su anemia crónica, fijó con precisión su dentadura para disfrutar del filete. Eran tres mujeres felices, al menos hasta que se acercaron a las diez de la noche.

La aprehensión borró sus sonrisas y las miradas cayeron bajo el peso de siete años atormentadas. Descansaban sus ojos en la mesita que soportaba el teléfono. Ahora, sólo un tapete de ganchillo blanco.

Como cada noche, no pudieron evitar sentarse en sus sitios habituales. La abuela en el sillón que fue de su madre y las otras en el sofá de tres cuerpos. Se dieron las manos. Y llegaron las diez de la noche. El carillón las marcó con su precisión de siempre, desde la primera hasta la décima. El eco de la última campanada se diluyó y las mujeres, tensas como cuerdas de piano, esperaron que sonara un aparato que no existía. Naturalmente, ningún teléfono sonó. La abuela no cogió su rosario; la nieta no sabía si reír o llorar y la madre ahogó una sonrisa con la mano.

Entonces, sonaron unos recios golpes en la puerta. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Las mujeres se sobresaltaron sincronizadas. Se hizo un pequeño silencio, que ni respirar se oía. Se repitieron los golpes. Un silencio y nuevos golpes. “¿Quién sería?”, preguntó la abuela. “¿Y por qué no llaman al timbre?”, puntualizó la nieta, pero sus voces temblaban. Los golpes volvieron a sonar.

“¡Deberíamos abrir!”, aconsejó la abuela, apretándose a su sillón. Como el silencio se hacía más y más denso, los golpes parecían sonar más fuerte. Fue la madre quien dio el primer paso. Su hija asintió con un gesto y la siguió de cerca. La abuela repasaba el rosario. Se acercaron madre e hija a la puerta. Medían cada paso. La madre alargó la mano hacia el picaporte. “¿No miras antes por la mirilla?”, advirtió la hija. “¡Sí, sí!”, titubeó la otra y con pasmosa lentitud acercó el ojo a la lente. “¡Nada, no veo nada! ¿Abro?”. “¡Abre!”.

El picaporte cedió. Los engranajes corrieron y la puerta se abrió poco a poco. Las mujeres se apretaban los brazos, las manos, la vida entera. Y el descansillo apareció ante ellas.

Vacío. Estaba vacío.

Asomaron las cabezas. Gritaron cuando se apagó la luz de la escalera, pero allí no había nada. Cerraron la puerta y volvieron al salón. “¡No había nadie, Abuela!”, “¡Nadie, Mamá!”. “¡Nadie, nadie!”, canturreaba la abuela contando sus cuentas negras.

“¡Nadie, nadie!”, repetían las mujeres.

No había nadie al otro lado de la puerta cuando sonaron las diez. Y siempre llamaban a las diez.

“¡Mamá! Y después de llamar a la puerta de la calle, ¿dónde llamarán?”